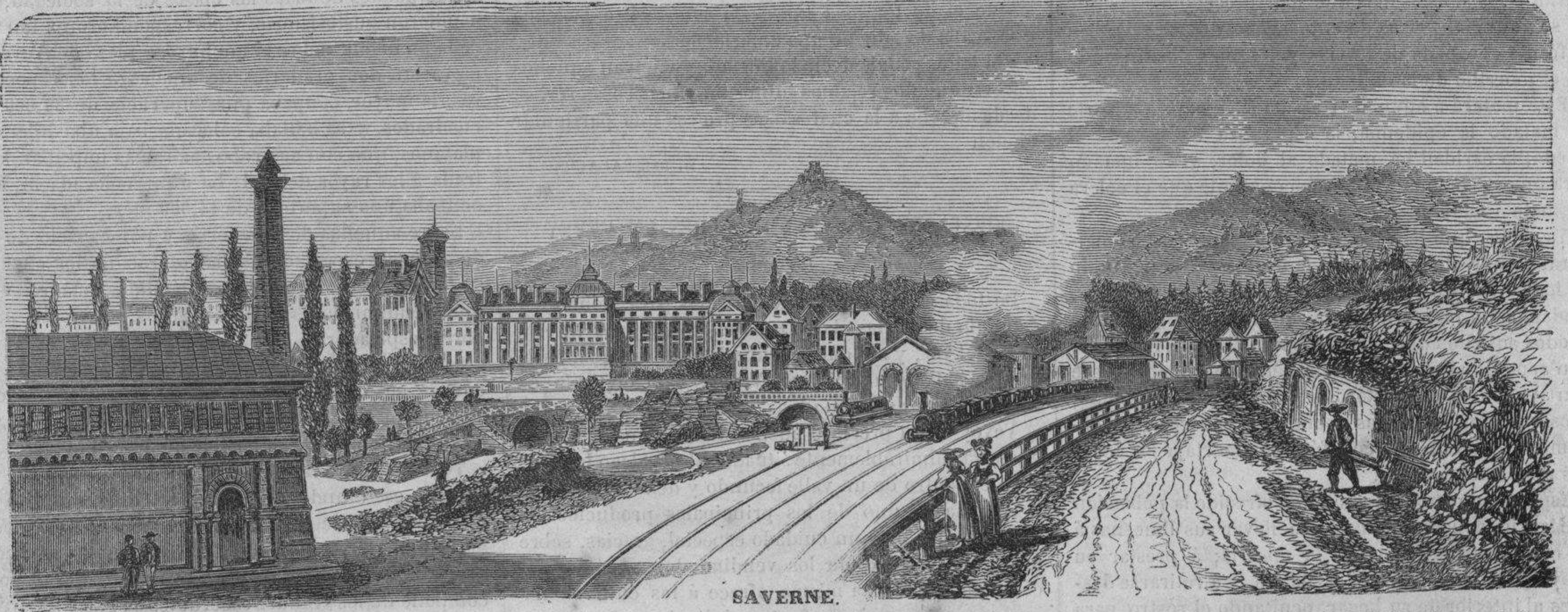


El Periódico ilustrado.



SAVERNE.

Número 33.

DEL 12 AL 19 DE NOVIEMBRE DE 1865.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.^o
DESPACHO CENTRAL. CUATRO CALLES.



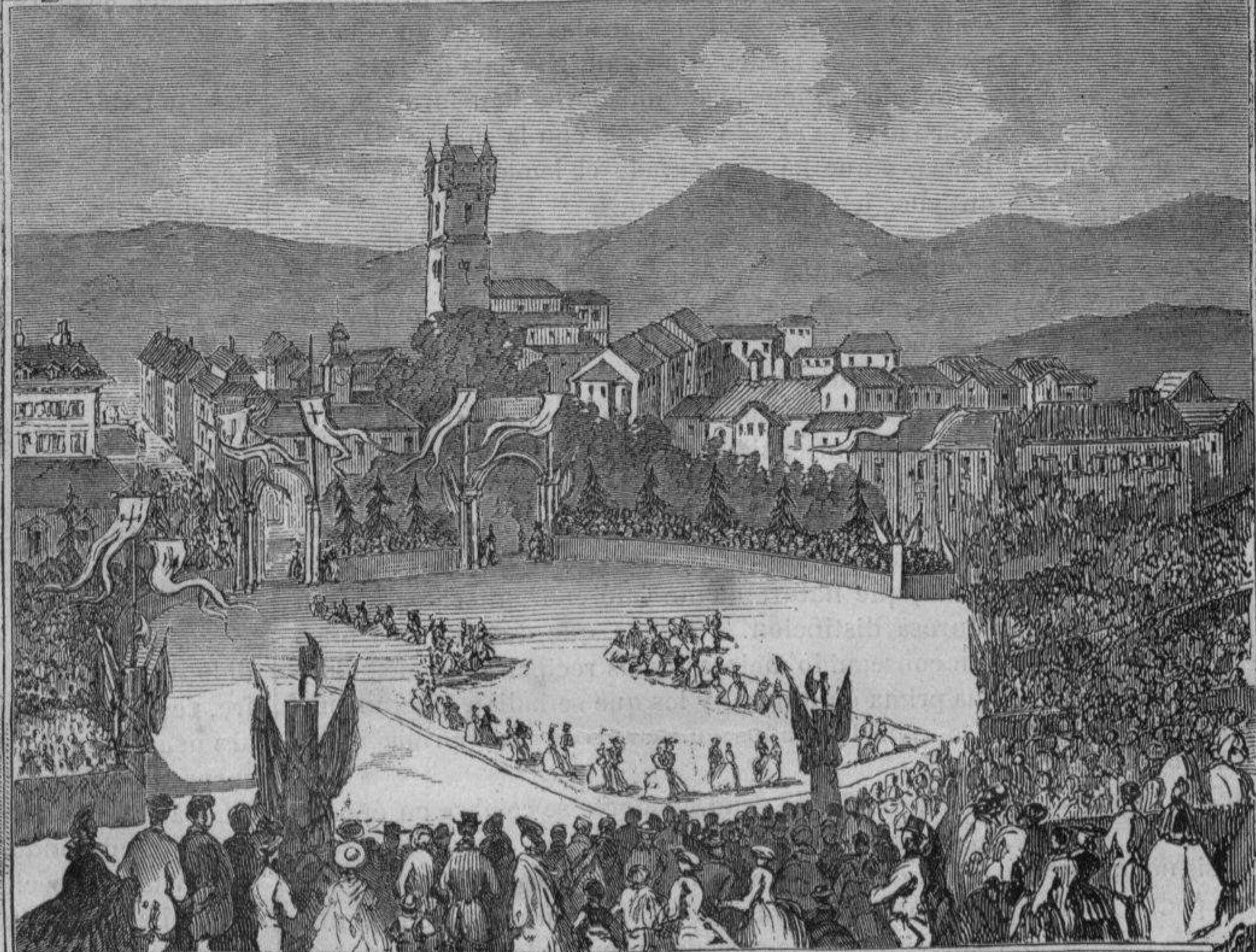
EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscripcion.

UN NÚMERO

Madrid. . .	Un año 24 rs.—Seis meses 12 rs.	} 4 cuartos en MADRID.
Provincias. Un año 28 »	—Seis meses 14 »	
Ultramar. . . Un año 80 »	—Seis meses 50 »	

SUMARIO.—Revista de la semana, por Palacio.—Fiesta de los vendimiadores, por B.—Mi declaracion, por Zulueta.—Un hombre despreocupado, por Echevarría.—Sueños de amor, por Barrera.—El monte de San Miguel.—Los elegantes del Turf.—Saverne.—La cabeza de un rebelde, por Honorio.
LÁMINAS: Saverne.—Fiesta de los vendimiadores.—Hipódromo cerca de Fontainebleau.—El monte de San Miguel.—Los elegantes del Turf.



J. DE MORANE

M. Martin

REVISTA DE LA SEMANA.

Esto matará á aquello. Tal era nuestro grito de guerra durante los aciagos días que han precedido á los que ya se anuncian, ricos de entusiasmo y de alegría, con la frente coronada de lluvias y los piés descansando en el morrillo de la chimenea.

Esto matará á aquello. Y así ha sucedido. El Norte ha matado la epidemia; la esperanza ha matado al miedo; la caridad ha matado al dolor, y de una en otra muerte hemos venido á conseguir que el cólera no mate á nadie.

Ya, pues, que han pasado los momentos de la amargura; ya que el bálsamo del consuelo va penetrando en los corazones y secando las lágrimas en los ojos, rindamos un justo tributo de admiración y de cariño á todos aquellos que, despreciando el propio peligro, han acudido al socorro de sus semejantes; á los que han ayudado al menesteroso, y abrigado al desvalido; á los que han pasado las noches á la cabecera del enfermo, y han cubierto con fúnebre mortaja los helados restos del cadáver.

Espectáculo sublime el que ha ofrecido la población de Madrid, acudiendo ansiosa á llevar sus limosnas á los centros protectores de la miseria; á prestar su apoyo para toda empresa caritativa, y á retirarse despues al interior de su hogar, ocultando el rostro para no ser conocida, única cosa en que se parecen las buenas y las malas acciones.

Podría llenarse un libro con los episodios interesantes que hemos oído referir, y algunos de que hemos sido testigos en tan críticas circunstancias, y ninguna enseñanza sería más provechosa para el pueblo que los anales de esta campaña contra un enemigo misterioso, si se encargara de redactarlos esa sociedad modelo de constancia y de abnegación, en que las categorías más elevadas y los oficios más humildes se han confundido bajo la modesta denominación de *Amigos de los pobres*.

Reciba nuestro parabien así esta como las demás asociaciones que tan buenos servicios han prestado, y si está escrito, como muchos creen y como parece á primera vista, que los sentimientos más nobles perezan ó se eclipsen en este país, ¡sálvese al ménos el culto de la caridad, y con él la esperanza de mejores días!

Consecuencia precisa de la casi desaparición de la epidemia es el cambio que se nota en la fisonomía de Madrid, que poco á poco vuelve á recobrar su aspecto acostumbrado, y la animación y alegría que le son peculiares. La concurrencia empieza á invadir los cafés y paseos, y los dos teatros cerrados durante algunas semanas volverán muy pronto á abrir sus puertas, ofreciéndonos obras nuevas, á los que deseamos tantas entradas como presumen en París tendrá la última comedia de Victoriano Sardou, titulada *La familia Benoiton*, y de la que hacen grandes elogios.

Entre tanto que esto sucede, el Real sigue deleitándonos con *La Africana*, y haciendo esfuerzos heroicos para aumentar su personal, disminuido por la enfermedad de la Sra. States y del tenor Abruñedo, con cuyo fin ha marchado á París el Sr. Caballero del Saz, llevando los mejores deseos y los más ventajosos ajustes.

El Príncipe se ve lleno todas las noches, sobre todo aquellas en que los primeros actores trabajan juntos, como sucede hoy en la pieza *Los primeros amores*, donde Valero ha creado un tipo cómico, que nadie sino él sería capaz de interpretar.

En cuanto á Novedades, ha puesto últimamente en escena el famoso drama *Don Juan Tenorio*, en que la señorita doña Felipa Diaz nos ha mostrado una vez más cuánto es posible hacer con aplicación y amor al arte, si bien la ayudan poco sus compañeros, á los cuales la aconsejamos huya de imitar, si no quiere adquirir resabios que con dificultad podrá dejar despues.

En el mismo teatro se ha estrenado un drama de nuestro amigo Luis Blanc, que lleva por título *Los Amigos de los pobres*, y que en una acción sencilla y acaso algo trivial, encierra grandes pensamientos y provechosas máximas, que el público escucha con interés, y aplaude con verdadera satisfacción.

Tales son, en resumen, los acontecimientos que estamos presenciando, unidos á otros de más bulto, pero que nos están vedados en este sitio, por su carácter especial. Esto, y alguno que otro crimen, que de esto

no falta nunca, y á escoger, es lo que entretiene la curiosidad pública, mucho más que cuanto bueno ó malo nos anuncian los profetas de esta ó la otra idea, los periódicos de este ó de otro color, y cuanto pudieran decir y no dice por hoy esta descolorida revista, en la que el doctor más inesperto conocería á la legua que acaba de salir de una enfermedad.

Así todos podáis decir lo mismo, y vuelvan aquellos días en que nos reiamos juntos de tantas cosas serias, desde aquella á la cual sabeis profesar una particular afición

M. DEL PALACIO.

FIESTA DE LOS VENDIMIADORES EN VEVEY

(SUIZA).

De todas las instituciones creadas para fomento y estímulo de ciertas clases productoras, la más interesante tal vez, y sin duda alguna la más antigua, es la que se halla establecida en Vevey, bajo el título de *Sociedad de los vendimiadores*.

Vevey es un precioso pueblo del canton de Vaud, en Suiza, admirablemente situado sobre el lago Léman, y en el centro de un valle fecundo y delicioso.

La viña es uno de los principales productos del país y el objeto de un cuidado especial, gracias, sobre todo, á la sociedad de los vendimiadores y á las recompensas que esta misma ofrece á los cultivadores que presentan mejores frutos el día de su fiesta particular.

Existía en otro tiempo en Vevey una sociedad de vendimiadores, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos. Los unos creen que semejante institución se remonta á la conquista de Vevey por los romanos, y en cuya época se celebraban las magníficas fiestas en honor de Ceres y Baco. Otros aseguran que los reverendos padres del convento del alto Crete, del distrito de Oron, y los grandes señores propietarios de las viñas de los alrededores de Vevey, habian permitido á sus arrendadores celebrar todos los años una fiesta, en la época de las vendimias: una solemne procesion recorria entonces todo el país, compuesta de vendimiadores, que llevaban sobre sus hombros los instrumentos del trabajo; y por la noche, un banquete reunia á todos los cultivadores y trabajadores, que celebraban, con el vaso en la mano, la excelencia de sus productos, que hacian honor á las bodegas señoriales.

De cualquier manera que sea, no resta más en los archivos del pueblo, respecto á este asunto, que un documento fechado en 1647, y arrancado á las llamas de un incendio que estalló en Vevey en el año de 1688. También se conserva la copa de Baco, adornada con el escudo de los abades ó jefes de esta sociedad, de los cuales el más antiguo data de 1618.

Hoy día aquellos vendimiadores han formado una sociedad, que es administrada con la más sabia vigilancia, y que ha conservado el lema ó divisa de sus antiguos jefes: *Ora et labora*.

El Consejo de la sociedad nombra una comision, auxiliada de dos cultivadores espertos, la cual visita regularmente dos veces por año las viñas de los socios. Los trabajos, los progresos del cultivo, el resultado de encubaciones, etc., son apreciados y anotados imparcialmente. Los cultivadores que durante nueve años han conseguido adquirir buenas notas, reciben el día de la fiesta una corona de pámpanos verdes, con la cual se ciñen la frente, y una medalla de honor, acuñada espresamente, con la que adornan su pecho, que naturalmente late enorgullecido por tan honrosa distincion. Aquellos que durante seis años han conseguido mejores notas reciben una medalla y una prima en dinero, y los que se hallan en el mismo caso, por tres años consecutivos, una prima solamente.

La fiesta de los vendimiadores se celebra en épocas indeterminadas.

Cuando el vino ha sido abundante y de buena calidad; cuando la próxima recoleccion promete magníficos resultados, la sociedad prepara las fiestas en honor de Baco, dios del vino; de Palas, diosa de los baños, y Ceres, de las mieses.

El año pasado tuvieron lugar estas fiestas en los días 26 y 27 de julio, habiendo conservado, como en la antigüedad, el carácter pagano y mitológico que siempre las distinguieron.

En el país se recuerda aun por los ancianos la que se verificó en 1797, y que por su magnificencia fué celebrada en toda Europa. Los sucesos políticos que sobrevinieron despues no permitieron que volviera á

renovarse hasta 1819. Los años 1833 y 1851 también fueron años benditos para los cultivadores de Vevey.

El año pasado, la sociedad quiso dar á la fiesta una importancia grande. Invitó á un gran número de notabilidades de todas las clases de la sociedad, que acudieron gustosísimas, y correspondieron á tan delicada atención. Sobre la anchurosa plaza de Vevey se elevaron dos graderias destinadas á los espectadores: la mayor, ocupaba una superficie de 37,000 piés cuadrados, y se hallaba colocada bajo una hilera de plátanos, que con sus robustas ramas impedían la entrada á los rayos del sol. La otra, colocada al Este, ocupaba una superficie de 44,000 piés.

Sobre aquellas dos graderias y por espacio de dos días, 30,000 espectadores disfrutaron de los encantos de la fiesta, admirando los espléndidos cuadros vivos que, vendimiadores de ambos sexos, segadores, podadores, espigadoras, etc., con sus más pintorescos trajes, y coronados de pámpanos y de flores, con sus danzas, sus cánticos y sus juegos, presentaban á cada paso, formando su conjunto un cuadro animado, gracioso, original, pero imposible de describir.

Todo cuanto la imaginación puede figurarse de más bello en ese mundo mitológico, tan ingenioso en sus alegorías, allí se hallaba representado. En nuestro grabado de hoy aparece el desfile de tan original como caprichosa comparsa, la cual, conducida por Baco, se compone de los grandes sacerdotes de Palas y Ceres, y de multitud de faunos, sátiros y otros personajes mitológicos y alegóricos.

Al día siguiente se distribuyeron los premios consistentes en medallas, coronas, primas en dinero, y los aplausos de miles de espectadores centuplicaban el valor de aquellas recompensas, tan bien ganadas por un trabajo inteligente y continuo.

La tierra no es seguramente una madrastra: ella devuelve centuplicados, en provecho y satisfacciones, los cuidados que se la prodigan.

J. BELZA.

MI DECLARACION.

(Conclusion.)

III.

—Esto ya pica en historia; yo he de luchar contra el destino; nunca me dejé vencer del voluble hado. Yo he de declararme, no hay remedio.

Una tarde, estando á pié toda su familia en la Fuente Castellana, me paseaba yo por un lado y ellos por otro, separados de mí por el paseo de coches, y procurando siempre que alguno de estos me ocultase á las iracundas miradas de la mamá. Unas veces trotaba, otras andaba al paso, otras corria constantemente cubierto á todos los ojos ménos á los de la niña, que admiraba mi táctica y me animaba con sus monerías de cabeza á continuarla.

De repente el cielo se nubla, el aire refresca, los árboles agitan sus delicadas ramas, las hojas se chocan y los caballos estiran las orejas; venia un vendabal, un chubasco enorme, un diluvio en cima de nosotros; no habia más que un pesetero con la tablilla de «se alquila» y la familia se dirigió á él. Yo habia llegado antes diciendo para mí:—Lo que es ahora no salís con la vuestra.

Metí la mano en la ventanilla, dejé caer mi esquela en el asiento, y me oculté en la glorieta de enfrente á la *Casa de Moneda*.

La familia llegó y tomó el coche, segun mi cálculo. Mi adorada entró la primera, pues habia comprendido mi operacion; pero, ¡lo que son las cosas! Un café, vestido de caballero, entraba por la otra portezuela al mismo tiempo; se dieron un coscorrón, y la mamá sorprendió á la niña en la actitud de llevarse la mano á la cabeza con mi malhadada carta. El caballero se marchó renegando, toda la familia entró, y mi amada, por evitar sospechas y reconvenções, en cuanto se puso el coche en movimiento tuvo que echar la carta por el mismo buzón por el que habia entrado.

Yo llegué á mi casa hecho una sopa, y la idem no me supo bien con el disgusto de haberse frustrado mi última tentativa.

La suerte me deparó otra ocasion. Era el verano y de noche, y hacia calor y necesitaban refrescar. Por la hora, la direccion que llevaban, la satisfacción de la mamá, el aire resignado del papá, que debe ser un avaro, las miradas oblicuas de la hija, y los saltos y brinco de los angelitos, comprendí que iban á la Iberia.

Como era de presumir me adelanté, y junto al Congreso, tras de una de las garitas, al pasar la comitiva, exclamé: «Donde esté yo» y me oculté completamente; solo en la sombra vi los movimientos elefantescos de la mamá que buscaba al autor de aquel eco.

Apenas pasaron, á todo escape subí la calle del Sor-do y la Carrera, entré en la Iberia, y recorriendo mesas y mesas ocupadas, dí cerca del jardín con una que se desocupó en cuanto yo llegaba.

—¡Divinamente! murmuré, y me puse á tomar un helado con la tranquilidad del general que ha ordenado bien sus fuerzas para una batalla.

Apenas habia concluido mi sorbete, cuando llegó la familia en cuestion. Recorrieron desolados todo el café y no encontraron sitio; ya salian del jardín echando una mirada desconsoladora, y en esto, yo, haciendome el distraido, me levanté dejando mi mesa, de que se apoderaron en seguida.

Yo me dirigí á otra mesa donde estaba un amigo mio, y desde la que se distinguía la que acababa de dejar, y me puse á observar tranquilamente en apariencia, pero algo cohibido en realidad.

Ella se sentó donde yo habia estado sentado y empezó á tantear la juntura de los almohadones del divan: de pronto sus mejillas se encendieron levemente, sus dedos acaso tropezaron con el pequeño billete que yo habia escondido allí; más cuando su mano lo estrujaba convulsivamente, uno de sus benditos hermanos empezó á gritar:

—¡Ay! que Mariquita se ha encontrado algo en los almohadones: lo tiene en la mano; que lo enseñe.

El caso era desesperado; la mamá lanzó una mirada terrible á la hija; el papá se volvió hacia mi; la gente del café empezó á cuchichear y á sonreirse, y la muchacha se puso colorada como un pavo.

—¡Charlatanes! dijo la mamá; y haciendo una significativa seña á la hija, que no sabia qué partido tomar, dijo:

—Mariquita no tiene nada en la mano.

—Pues yo lo he visto, dijo uno.

—Y yo tambien, añadió el otro angelito.

—Allí está, en el suelo, volvieron á continuar.

Ella volvió á cojer el papel que acababa de tirar, y se disponia sin duda á enseñarlo, cuando por entre las risas de todos los circunstantes, me dirijo yo á la familia azorada, y con el aplomo que me fué posible, exclamé:

—Señores: he estado sentado á esa mesa y es fácil se me haya caído ahí una carta de un primo, que noto que me falta y he debido de perder.

La mamá cogió la carta, y dándomela con aire de triunfo, dijo:

—De todo hacen misterio estos chicuelos. Mi hija habrá derribado con la falda este papel que acaba de recoger, y será sin duda la carta de Vd.

—La carta de mi primo es, señora.

La curiosidad de los circunstantes aumentaba.

—Pido á ustedes mil perdones por la molestia que les han ocasionado sus niños.

—Este es el caballero que la otra tarde seguía á Mariquita, dijo uno de los parbulitos.

—Calla, Joaquin, exclamó la mamá; pero un pellizco, aplicado por el papá al atento observador, convirtió sus observaciones en un rio de lágrimas. El otro párbulo me miraba con ojos espantados, y al cabo murmuró lentamente.

—¿Quién es este caballero?

—¿Yo? el coco de tu familia por lo visto, exclamé marchándome.

—¡El coco! dijeron á la par los dos niños.

—El coco, repitió riendo la gente del café.

—Trae la lista, dijo el papá al mozo.

Yo, que habia ya prevenido al susodicho mozo para el caso, ví que entregaba la lista con un segundo ejemplar de mi carta á la niña.

Pero la mamá sospechó, el papá lo olió, se echaron sobre la lista, y cogieron mi carta.

IV.

¡Infeliz de mí! aquello debía ser mi sentencia de muerte.

Todos los dias asomaba yo por su calle con mis gemelos de teatro. Ella no se asomaba al balcon.

No se paseaba.

No iba á los teatros.

No salía á visitas.

No acudía á las Cuarenta horas.

Yo me pasaba las idem muertas en la acera de enfrente, á una distancia respetable.

Temia á su familia; amaba á ella.

Yo era el imán atraído por un polo, rechazado por otro, y daba vueltas y más vueltas en mi fluido amoroso, y nunca podia estar quieto, siempre marcando mi inclinacion como la aguja imantada, siempre indicando el norte de mis afanes como la brújula.

Quince pasos más allá de la casa, en frente, habia un portal con un puesto de fruta; me hice amigo de la vendedora y me sentaba en su banco, como si no hubiera podido necesitar las diez y ocho horas diarias que pasaba contemplando la casa de mi adorada.

En cambio, tuve que ser amable con la vendedora. A ella la estorbaba lo negro y me pedía que la leyese las cartas de su novio. Era justo pagar favor con favor, y yo vine á ser en mi nuevo oficio punto ménos que memorialista. Algunas veces me dejaba solo en el portal. Un dia, en que por evitar hasta la más mínima sospecha de mis enemigos, me vestí manolescamente, una criada vino á comprar fruta cuando estaba yo solo sentado en el portal.

Yo quise despacharla con cajas destempladas ¡quí! ni por esas; tuve que vender la mercancía y lo hice á un precio tan barato, que despues me ví obligado á abonar á mi amiga la diferencia, y no paró ahí, sino que cuando ella llegó, aunque disculpó mi torpeza mediante el *cum quibus*, vinieron otras criadas en busca de fruta, y viendo que el precio no las acomodaba exclamaron:

—¡Vaya! pues á la Fulana, su marido de Vd. se lo ha dado más barato.

Mi vida se resumía en aquella calle.

Yo vivía allí todo el dia. Allí estaba cuanto yo sabia, queria y hacia.

Mi ciencia era la del amor.

Mi profesion la de amante.

Mi ocupacion cotidiana «hacer el oso.»

¡Hay tantos en Madrid que no tienen otro oficio, y sin embargo los tribunales no los condenan por vagos!

No hay que decir tampoco que aquello me divertía; cuanto hacia era impulsado por la necesidad. Mi afan era buscar un recurso para verla.

Ideando, ideando medio para hacer salir la gente al balcon, se me ocurrió ajustar un organillo. Y lo hice. Desde el himno de Riego y el de Garibaldi, hasta la jota aragonesa y la marcha de la reina Hortensia, la *Sonámbula* y la *Norma*, un gran repertorio estuvo tocando todo el dia al pié de sus balcones; pero ella no se asomó.

Al dia siguiente traje una mona; la mona subió al balcon donde ella solía asomarse; el balcon se abrió; mi corazon palpité de alegría, pero ¡ay! eran los minutos de sus hermanos los que se divertían con la mona.

Otro dia, víspera del santo de la mamá, llevé una estrepitosa murga; pero no me acordaba yo de la poca largueza del papá, que salió á la calle furioso diciendo:—Aquí no necesitamos música.

Por último, intrigué con una cofradía para que hicieran pasar una procesion por aquella calle. Entonces sí salieron la mamá, los chicos, los criados, y ya se disponía á salir la niña, cuando se armó una reyerta entre un cofrade y un transeunte, casualmente en el sitio en que yo me hallaba; se fijó la mamá, me miró y prohibió á la niña asomarse.

Mi situacion era cada dia más crítica.

Ya no me quedaba otro recurso si no esperar un dia festivo. Llegó, por fin, un domingo: yo habia pasado los seis anteriores dias de la semana como llevo dicho, y se me antojó tomar una heroica resolucion, jugar el todo por el todo.

Ella comprenderá que estoy aquí, calculé; lo comprenderá porque yo no puedo faltar; entrará en la iglesia la primera ó la última, segun el paso ó la manera como caminen; tomará la puerta de la derecha, y saldrá por la de la izquierda, pues es la costumbre que se lleva con rigor en aquel templo; si entra la última ó sale la primera, allí, fuera de la iglesia, la esperaré yo, la entregaré la carta.

¡Chasco más soberano que el que me llevé aquel domingo! Vi salir uno á uno á todos los de su casa á misa, ella no salió. ¿Qué motivo podia haber para que ella no saliese? ¿Sería bastante el poderme haber visto á mí, el haberme conocido, para que faltase la hija de la casa á sus deberes religiosos? ¡Ay! no; despues lo supe; la niña habia estado enferma, quizá enferma por mí, quizá por la reclusion en que yacía y de la que era yo causa involuntaria. El caso era que se hallaba enferma.

¡Y yo estuve en brasas dos dias! pero el tercero era fiesta y pude verla.

Pude verla, si; y la entregué la carta.

No, la que entregó la carta fué ella.

Mientras la mamá entraba en la iglesia por la puerta de la derecha, salía yo del templo levantando el *portier* de la izquierda; la niña me vió y enseñó un papel, y cuando la mamá, notando que la niña no entraba quiso salir, esta, que con el aturdimiento dejó caer el papel, entró precipitadamente, ocultándose á mi que cogía la misiva.

La misiva decia tan solo: «Si. «No. «Un canto. «De noche.» Yo me devanaba los sesos para averiguar aquel lenguaje misterioso y sibilítico.—¿Qué me querrá decir? Esto está escrito en español y yo no lo entiendo.

—Este sí parece que me dice, «de correspondo á Vd.; este no, que me dá calabazas; este un canto ¡como no quiera que nos entendamos cantando, ó crea que mi amor es música celestial! y este de noche es una cita indudablemente.

A la noche me fui allí, digo, no me fui, me quedé; por que allí estuve como siempre todo el dia. Pero ella no se asomó.

Cabilandó, cabilando, se me ocurrió que aquello podia ser una contestacion á mi carta. Pero ¿cómo la habia leído? ¿No la cogió su padre en la Iberia? ¿Tendrá esta chica la doble vista?

Las mujeres son el demonio, calculé;—esta niña, ó ha sustraído á su padre la carta, ó ha obligado á su padre á que se la enseñe.

Esto último era la verdad; negando la hija que yo me dirigiera á ella, negando que aquella epístola fuera para ella, y negando hasta que la hubiera escrito yo, escitó la bilis de su papá, que en un rato de mal humor, á pesar de tener tan buena nariz, cometió la imprudencia de dar á su hija con mi carta en las narices: la hija la leyó al vuelo, la volvió á recordar, se fijó en sus menores detalles, en su estilo, en su diction, en todo, y me contestó.

Desde entonces soy feliz, estamos en correspondencia. Ella antes que se levante tiene ya carta mia, y yo suelo tenerla de ella á menudo. El cambio de mi situacion es obra tan solo de la manera con que yo la escribí la epístola, sorprendida al mozo, que contenia cuatro interrogaciones contestadas compendiosamente, para que si la sorprendian no entendiese nadie de su casa su contestacion.

Decia mi carta.

«María: Permítame Vd. que la llame así; hace tanto que la quiero y la quiero tanto, que el exceso de mi cariño no consiente que la pueda dar á Vd. otro nombre que su nombre. María, ¿me quiere Vd. tanto como yo la quiero? Dígamelo Vd. ¿Tengo algun rival quizás? Y si no le tengo, si Vd. se interesa por este infeliz enamorado, ¿cuál puede ser el mensajero de nuestro amor? ¿Cuándo podré utilizarlo? Por favor, por favor, contésteme Vd.»

De modo que si me queria, no tenia rival; el mensajero de nuestro amor podia ser un canto, y debia utilizarlo de noche.

En seguida, aquella misma noche até otra carta á una peladilla, y la envié á su balcon.

Tal fué mi declaracion.

F. DE ZULUETA.

EL HOMBRE DESPREOCUPADO.

Preciso es fijarse con alguna detencion en el sentido lato que ha alcanzado la palabra *despreocupacion* en los tiempos modernos.

No ya un simple y mal hilvanado artículo, sino una completa y bien trazada obra seria menester para remontarse á las causas de la actual *despreocupacion*, y descendiendo de uno en otro efecto, demostrar las fatales consecuencias que han surgido al tomarla por lema en los actos de la vida.

Es indudable que en todos los tiempos ha existido esa negligencia hácia las santas instituciones y prácticas religiosas, verdadero sosten de los pueblos; abandono y negligencia que vienen á constituir las modernas *despreocupaciones*; pero que á diferencia de las antiguas no se encubren con la vergüenza ni el remordimiento. Estamos en los dias en que se doran los delitos como dice el inmortal Jovellanos.

Pudieran evocarse desde los tiempos primitivos esos grandes sucesos que nos ha dejado consignados la historia, y los cuales son á veces consecuencias naturales de ciertas *despreocupaciones* de los grandes

EL MONTE DE SAN MIGUEL.

«El monte de San Miguel, á primera vista, produce la impresion de una cosa extraordinaria: para unos, es monstruoso; para otros, sublime; para todos, extraño.» Estas breves palabras que copiamos del *Itinerario descriptivo del Monte de San Miguel*, revelan admirablemente la sensacion que se experimenta cuando por la primera vez la vista se fija sobre esa roca, que se eleva en el seno mismo de las aguas. Nada efectivamente falta al monte de San Miguel para producir una sensacion gratísima, ni la grandeza de él, ni la poesia de las leyendas.

El monte de San Miguel se divide en tres partes; las fortificaciones que lo rodean, el pueblo diseminado, y hasta pudiera decirse, suspendido sobre sus flancos, y la abadía que ocupa la cima de la montaña.

Las fortificaciones y construcciones militares fueron hechas en su mayor parte á mediados del siglo xv, por el abad Jolivet: es una muralla rodeada de torres que se suceden de distancia en distancia, y cuya base es azotada continuamente por las olas. Entre aquellas torres, cada una de las cuales tiene su nombre particular, merecen ser citadas las del Rey, la de la Escuadra y la de la Libertad; pero la más bella y más gallarda de todas es la torre Marilland, colocada sobre dos escarpadas rocas.

Siguiendo el camino de las torres por el orden que acabamos de indicar, se llega á la *Maravilla*.

La *Maravilla* es una muralla de doscientos treinta piés de estension, más de ciento de elevacion absoluta, y doscientos del nivel de la playa: flanqueada de veinte contrafuertes, termina en su parte más elevada con una línea de arcadas moriscas de un extraordinario mérito.

Esta magnífica construcción data de principios del siglo xii. En la parte baja se hallan situadas las cuadras, en el primer piso el refectorio de las monjas y la sala de los Caballeros, y en el segundo los claustros y los dormitorios.

Respecto al pueblo, poco podemos decir que parezca interesante á nuestros lectores. Cuando se ha atravesado la puerta principal exterior, donde aun se conserva el antiguo cuerpo de guardia, se encuentra en primer lugar la plaza de Armas, denominada *Patio del Leon*; alrededor de la cual se ven todavía los cañones de hierro cogidos á los ingleses cuando intentaron una vez inútilmente poner si-



HIPODROMO DE LAS CARAS DE FONTAINEBLEAU.

tio á la plaza. Atravesando despues el Rastrillo, se llega á la empinada calle que conduce al monte. Las casas aparecen de aspecto sombrío, y en su mayor parte son una amalgama estrambótica de todos los géneros de arquitectura.

En lo alto del pueblo se ve una puerta romana y tres grandes bóvedas, representando la habitacion que Beltran Duguesclin hizo construir en 1366 para su esposa Tifania Baguenel.

El convento ha servido por espacio de mucho tiempo de establecimiento penal.

Es imposible imaginarse una entrada más poética, ni más imponente que la de esta magnífica Abadía, que es la admiracion de cuantos la visitan.

Los grabados que hoy ofrecemos á nuestros suscritores, representan la puerta del Rastrillo, la entrada principal de la Abadía y la vista general del Monte de San Miguel.

LOS ELEGANTES DEL TURF.

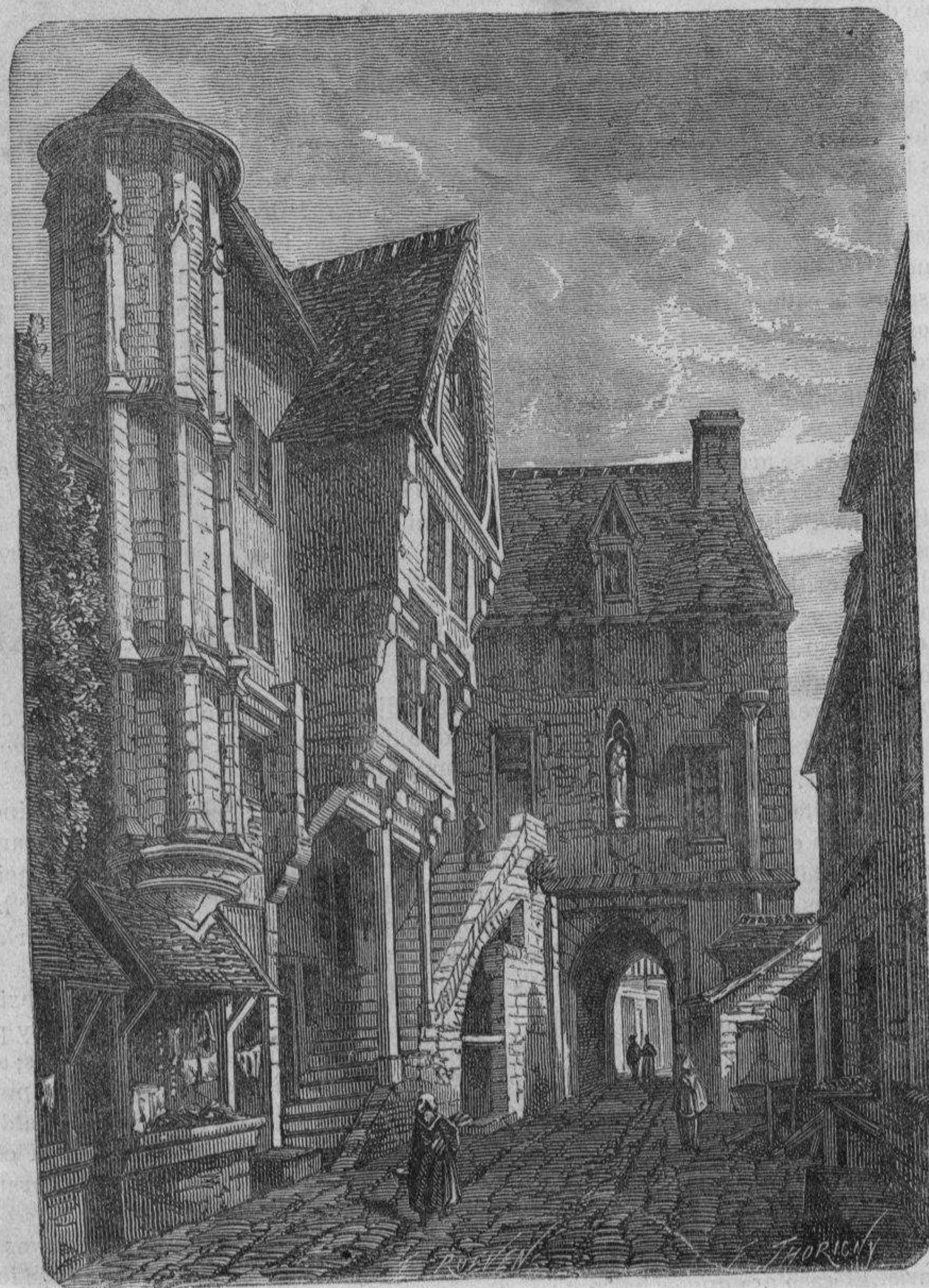
Turf es una palabra inglesa que ni en francés ni en español tiene una traducción exacta, pero que significa el espacio que media en las carreras de caballos, entre la pista designada á los luchadores y el campo neutral; sitio que vienen á ocuparlo los más elegantes carruajes y los ginetes que desean lucir el mérito y la belleza de sus corceles.

Apenas hace algunos años esta clase de fiestas no tenían la importancia que hoy, ni llamaban la atención general como al presente sucede. Algunos ricos particulares, siempre los mismos, se reunían de vez en cuando para entregarse por algunas horas á esta distraccion, sin que la multitud tomara parte en ella.

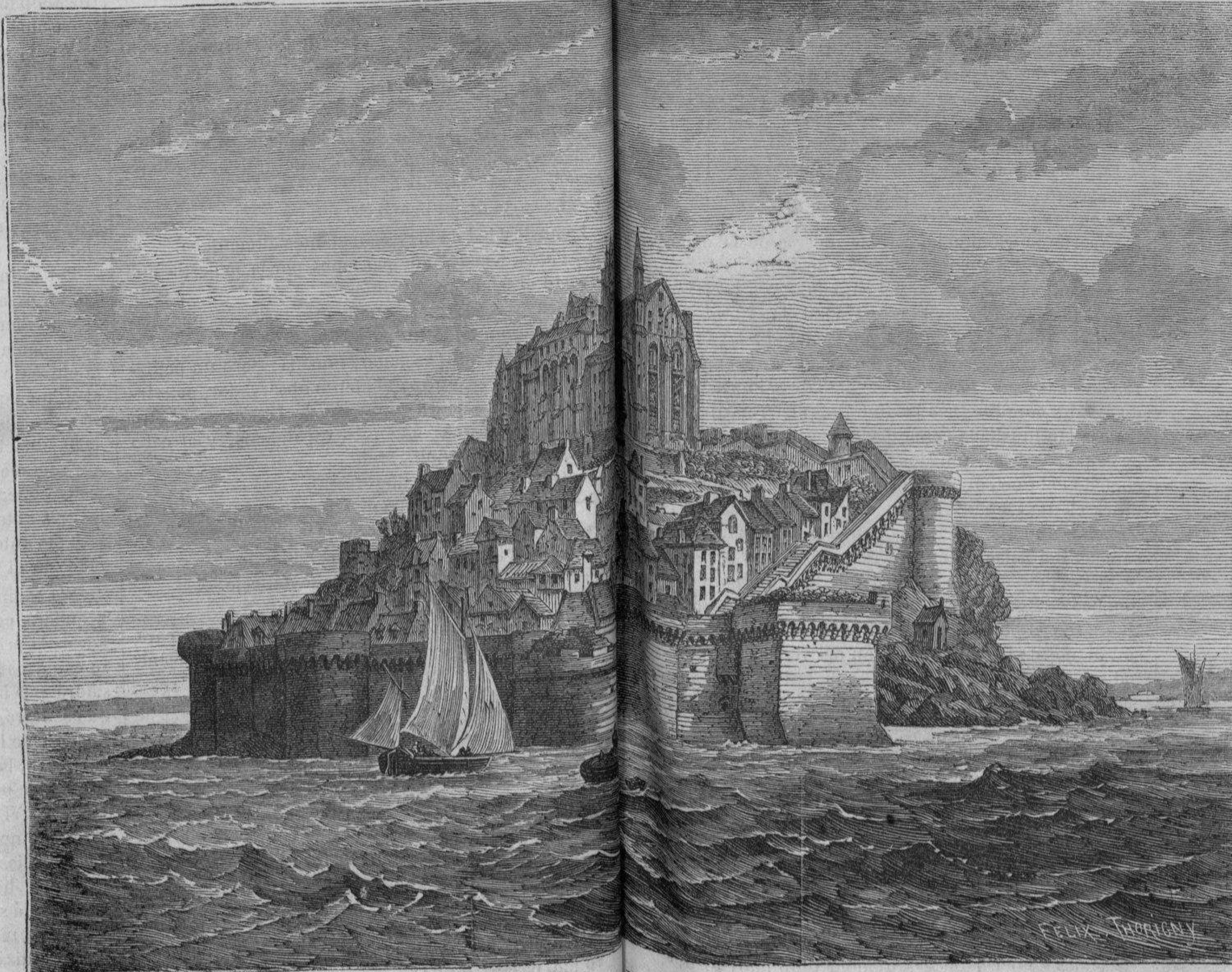
En el dia sucede todo lo contrario. Las carreras han llegado á hacerse un placer y una fiesta popular.

Llamar la atención en las carreras, y aparecer en ellas en un carruaje á la Daumont, tal es el sueño dorado, el vivo deseo, la ambicion de todas las damas de la corte.

Basta mirar la carretela que, dibujada por Victor Adam, aparece en la última página de nuestro semanario, para comprender que las bellas damas que lá ocupan pertenecen á la más elevada clase de la sociedad, y que los más elegantes ginetes del *Turf* vendrán inmediatamente á caracolear alrededor suyo, ansiosos de una flor, de una mirada ó de una sonrisa.



MONTE DE SAN MIGUEL.—PUERTA DEL RASTRILLO.



VISTA GENERAL DEL MONTE DE SAN MIGUEL.



MONTE DE SAN MIGUEL.—GRAN ENTRADA DE LA ABADIA.

hombres; pero como hijas del genio, no adolecen de la índole vulgar que hoy tienen, sin que por esto sean de ménos trascendencia para el porvenir. Diógenes, metido en un tonel, buscando con su mágica linterna el hombre que no había de hallar, es un rasgo de despreocupación hácia las costumbres establecidas. Lo mismo diremos del parricida Neron, cantando desde la cumbre de su Roma incendiada; y de Calígula, elevando á su caballo á la dignidad senatorial. Ambos rasgos sobran para caracterizar á un hombre despreocupado. ¡Cuántos modernos escéuticos envidiarán esa gloria póstuma, basada en tan monstruosas despreocupaciones! Pero pigmeos hasta en la perversidad, les falta corazón para imitar á sus ídolos.

Mas vengamos al presente. En la despreocupación existe un germen de indiferentismo tal, que fácil es á primera vista traslucir la revolución que va operando en los ánimos. Esos mismos rasgos que hemos citado de pasada, y á los que pudiera calificarse con epítetos más duros, no bastan á nuestro propósito; son hechos aislados, que no generalizan la cuestión que nos ocupa; acciones extrañas, cuyo espíritu no debemos profundizar en este artículo. Ahora estamos llamados á hablar de ese *sanc facon* de nuestros jóvenes del día; de ese escepticismo ficticio, cuyo arraigo, más que en el corazón, se halla en la cabeza; de esa despreocupación, en fin, de que hacen tanta gala los nuevos *Lo-velaces*.

Nada más digno de estudiar que los hombres despreocupados de la época actual. Son las nuevas plagas de Egipto. Ellos van secando con su pernicioso ejemplo la savia bendecida de los sentimientos humanos y religiosos. Para ese ente especial que se ha dado en llamar hombre despreocupado, ni existen derechos que sostener, ni leyes que respetar, ni deberes que cumplir. Es un cosmopolita que se introduce en todos los terrenos como cosa propia, sin cuidarse del *qué dirán* para nada. Dueño absoluto de sus acciones, árbitro de su voluntad, todo lo sujeta á estas facultades que él no ha comprendido bien en cuanto no ha querido limitarlas. Por eso su enseña victoriosa es el *qué se me da á mí*, tan cacareado en nuestros días, y que á fuerza de repetirse, ha llegado á hacerse la fórmula usada de que se valen todos los pretendientes á despreocupados.

Y todo esto tiene su aplicación. Los hombres de la especie que intentamos clasificar aspiran á hacerse notables, como tantos otros en la vida; con la sola diferencia, que los medios que emplean no son los más dignos que digamos para envidiar el éxito. En la creencia de que la despreocupación atrae la celebridad, muchos se apresuran á engrosar las filas de un ejército que cuenta con tantos partidarios, y hoy todos, desde el imberbe pollo (animal *implume* que decia cierto autor), hasta el gallo que alza el idem con más gravedad, todos se sonrien de placer al verse convertidos en hombres despreocupados.

Y hé aquí que con tan pomposo epíteto se creen relevados de cumplir con sus deberes sociales. Hombre hay (y no hablemos de mujeres, porque no hay nada más repugnante que la despreocupación en este sexo); hombre hay, repetimos, que viene á reducir todos los actos de su vida á la despreocupación más completa. Habladle de sus obligaciones como cristiano, y os saltará la más estrepitosa carcajada; recomendadle sus compromisos como patriota, y os responderá con el más frío desden; decidle los deberes que tiene para con su familia, y se encogerá de hombros; en una palabra, hacedle ver su misión sobre la tierra, y nada, nada absolutamente os dirá, porque como es un hombre despreocupado, no tiene miramientos que guardar con nadie ni por nadie. ¡Se rebajaría si por acaso tuviera que preocuparse!

Se hace indispensable entrar en las verdaderas definiciones. La despreocupación, tal como hoy se comprende, es el completo desprecio á las restricciones que las leyes sábias y previsoras han impuesto á la sociedad.

Muchas veces encubrimos nuestros defectos y miserias con la más afectada despreocupación. A su sombra nos cobijamos cuando somos víctimas de las pasiones que en vano tratamos de reprimir. Débiles para el sacrificio, no queremos aparecer vencidos, y ocultamos la lucha interna del deseo con la razón, haciéndonos ostentosamente despreocupados.

Como una de tantas aberraciones del género humano, la falsa despreocupación se halla de moda. Fijad un tanto la atención y vereis á sus encomiadores en todas partes. ¿Qué más? hasta el amor ha tomado par-

te en la universal admiración, y ha rendido sus eternos triunfos á los pies del nuevo genio. ¡Es tan ridículo amar con aquella pureza de sentimiento que encarecían los bardos de la Edad media! La sombra de Eloisa vaga errante sin tener acogida en ningún corazón. En vano buscareis un Abelardo que sienta. Chactas es una imagen pasajera, que vivirá únicamente en la memoria de los poetas.

La moda exige la despreocupación en todo. La *negligé* de los franceses ha ido más allá del vestido, ha tocado á las creencias. Del cuerpo ha pasado al alma, y el hombre se ha hecho negligente en el orden físico, moral é intelectual.

Para eso estamos en plena civilización.

Quizás son fuertes las tintas, y el trazado duro; pero el fondo del cuadro es bastante pálido. Otra mano más vigorosa y maestra que la mía, pudiera extraer de su paleta colores más brillantes y adecuados con que poder retratar á esa individualidad perniciosa de nuestra época, que con su falso indiferentismo viene á corromper las sanas ideas que abrigáramos de niños. La educación maternal es infructuosa; infructuosos al parecer los esfuerzos que en pro de la moral vienen haciendo diez y nueve siglos de cristianismo. Todo lo llena la *despreocupación moderna*; pero como hija del caos y de la duda, saldrá alguna vez de las tinieblas para echarse en brazos de la fé, que es la luz que ilumina el mundo.

F. P. ECHEVARRIA.

SUEÑOS DE AMOR.

(Á MARÍA.)

Hermosa del alma mía,
Idolatrada María,
Que á dar á mi pecho alcanzas
Un presente de alegría
Y un porvenir de esperanzas;

Ángel de luz que soñó
El alma de amor sedienta;
Tabla que á tierra llevó
Al triste que naufragó
En horrorosa tormenta;

Iris de paz y ventura,
Azucena candorosa,
Cuyo perfume y blancura
Causa celos á la rosa,
Celos á la nieve pura;

¿Será fuerza, vida mía,
Que diga la pluma, esclava
Del corazón que la guía,
«Antes de verte, te ví;
Antes de amarte, te amaba.»

¡No! Si yo un ángel soñé
De sueños en el delirio,
Y al despertar encontré,
Para acrisolar mi fé,
En la verdad un martirio;
Si mi corazón incierto
Años anduvo buscando
Al mar de la duda puerto,
Que siempre encontré soñando,
Que nunca encontré despierto;

Si penas al alma daba
Y fuego en que se abrasaba,
El pensar día tras día
Que, porque amaba, no amaba,
y, porque ví, no ví;

Al cabo mi frenesí
Lo soñado encontré en tí
Y tú sabes que esclamé:
«¡Antes de verte te ví
Antes de amarte te amé!»

¡Oh! feliz el que demente
Dulce ilusión atesora,
Si á la razón de repente
Tornando, se encuentra frente
De aquella ilusión que adora.

Feliz yo que por despojos
Te dí con mi fé mi calma,
Y recibí de tus ojos
Las alegrías y enojos
De que se alimenta el alma.

Feliz yo que juntos miro,

Cuando á tu lado suspiro
Y cuando sueña el deseo,
En tí el aire que respiro,
En tí la luz porque veo.

¿Recuerdas con qué alegría,
Cuando sin hablar te hablaba,
Sin cesar te repetía
«Antes de verte te ví;
Antes de amarte te amaba?...»

Cantar quise mi pasión
Y en cada nota un ultraje
Adivino en la canción:
Siente mucho el corazón
Para amoldarse á lenguaje.

Por eso arrojé la lira
Y más á cantar no aspiré
Lo que esa pasión inspira,
Que nada imita un suspiro
Si es Amor el que suspira.

Y pues Amor anidó
Por mi ventura en mi pecho,
Y de un desierto que halló
Edem mágico formó
Por tener florido lecho,

Y tú sabes que es así
Y así lo jura mi fé,
Dejo de esclamar aquí:
«Antes de verte te ví;
Antes de amarte te amé.»

Diciembre, 1864.

P. M. BARRERA.

SAVERNE.

Saverne es cabeza de partido del departamento del Rajó Rhin, y cuenta en su recinto 5,331 habitantes. Se halla situado el pueblo sobre la Zoru y el canal de la Marne al Rhin; ocupa además una de las situaciones más pintorescas.

De Saverne y sus alrededores diremos lo que recientemente de Epinal: si esta parte de la Francia se encontrase en un extremo de Europa, todo el mundo se apresuraría á visitarla, pero se halla próxima á París, y generalmente se piensa que siempre habrá tiempo de satisfacer este deseo, razón por la cual no se visita tan delicioso sitio, con la preferencia que se merece.

Uno de los edificios más notables de aquella localidad, es su famoso castillo, más bien palacio, cuya historia es bastante interesante, y el cual, por decreto de 1852, se ha convertido en asilo para las viudas pobres de los funcionarios públicos.

En cierta época existía en este castillo una escalera, que, según algunos historiadores, *la Europa no poseía otra que pudiera igualársele*.

Saverne sufrió mucho con las guerras de la época de Luis XIV. En 1709 un incendio destruyó casi completamente el ala derecha del edificio.

Armando Gaston, á quien se apellidaba *el gran Cardenal*, reconstruyó y adornó nuevamente el palacio. Prodigó en él los mármoles, los cuadros, las molduras doradas; sus chimeneas se hallaban incrustadas de ágata y coralina; sus jardines adquirieron una belleza tan inusitada como magnífica, y en medio de sus cuadros de perfumados flores, se elevaba un kiosco copiado del que poseía, por aquel tiempo, en sus jardines el dux Pitani. Tantas maravillas llamaron la atención de Luis XV. El rey confesó, que las magnificencias del Palacio de Saverne eclipsaban las de su residencia de Versalles. En el día han desaparecido muchas de estas maravillas, pero aun se conservan algunas; y el pueblo, sus alrededores, y el palacio, son dignos de llamar la atención del viajero y del estudioso artista.

LA CABEZA DE UN REBELDE

leyenda histórica original

DE GONZALO HONORIO.

(Continuación.)

II.

EL CAPITAN ROBERTO.

El caballero quedó solo en aquella estancia. Después de permanecer un momento inmóvil, dió algunos pasos por ella, y parándose de pronto, dijo

dirigiendo su mirada sobre la puerta, tras la cual se habia ocultado doña Blanca.

—¡Oh! razon te asiste en temer por mí, esposa mía; porque este azar que juego, si lo pierdo me cuesta la vida.

Y volvió otra vez á pasear.

Por espacio de algunos segundos guardó un profundo silencio.

Tras este corto intervalo volvió á suspender su paseo, y como si respondiera á su pensamiento, dijo con furor creciente:

—No; pues esto no ha de suceder por vida mía. No conseguirá el triunfo D. Alonso por más que se oponga á mis deseos. Y de no darse á partido, de no someterse á mi voluntad, juro por mi nombre que él y sus parciales han de sentir todo el peso de mi justa cólera.

Dió algunos pasos en silencio, y luego exclamó:

—¡Ira de Dios! ¿Piensan acaso esos Fajardos que soy alguno de esos hombres que en mengua de su dignidad se allanan y convienen á la voluntad de sus enemigos?... Pues no, eso no lo verán en mí, ¡vive Dios! Porque mientras ciña una espada, mientras que conserve la cabeza sobre mis hombros, he de hacerles una guerra cruel, sangrienta: ¡no he de cejar un paso atrás hasta esterminarlos completamente! O ellos ó yo.

Calló un momento, y luego acercándose á la puerta, gritó bruscamente:

—¡Hola! ¡capitan Roberto!

Y esperó.

A los pocos segundos, un hombre de elevada estatura, de mirada torva y feroz aspecto, apareció en la puerta, y adelantó gorra en mano hácia el sitio donde habia quedado el caballero.

—¿Habeis hecho la honra de llamarme, señor Procurador? preguntó en tono humilde y con un servilismo muy marcado.

—Sí, os he llamado. ¿Qué hay de nuevo en la ciudad?

—Nada más de lo que ya sabeis, señor.

—¿Qué se dice de los Fajardos?

—Que están amedrentados, señor: que os temen.

—¿Creeis posible que escapen del lazo que les he tendido?

—Mucho lo dudo.

—¿Es decir, que por esta vez vengaremos sus insolencias?

—Indudablemente, señor; yo al ménos así lo espero: pues merced á vuestros acertadas disposiciones, no veo por donde puedan evadirse de caer en nuestras manos.

—Pues así sucederá, yo os lo juro.

Y ambos quedaron en silencio por un momento.

—¿Teneis la gente prevenida? preguntó el caballero.

—Sí, señor Procurador: tengo algunos cientos de buenos murcianos, que esperan con impaciencia la orden de acometer á los Fajardos.

—Está bien: veo que sois un fiel servidor, y que secundais mis deseos de un modo que nada deja que desear. Digno sois de recompensa.

Y acercándose á la mesa tiró de un cajon y sacó un pesado bolsillo, al través de cuyas mallas se veia relucir el oro.

—Tomad, ahí teneis para vos y para que repartais entre vuestra gente.

Roberto adelantó, y con mano trémula por la emocion que sentia al verse dueño de tanto oro, tomó el bolsillo y lo guardó en su escarcela.

Apenas barbotó algunas palabras para espresar su agradecimiento.

—¿Supongo que será gente brava? preguntó el caballero.

—Toda gente escogida, que no hay más que pedir, señor.

—Ya sabeis que los Fajardos son algo duros.

—Descuidad, señor, que en llegando el caso serán leones, yo os lo fio.

—Está bien. Id y aparcibirlos, porque dentro de poco marcharemos sobre el palacio del adelantado.

Roberto hizo un profundo saludo y abandonó la estancia.

El caballero salió detrás de él.

III.

ACLARACIONES.

Séame permitido antes de pasar adelante con mi relato, que consigne aquí, aunque muy ligeramente, los

motivos que dieron lugar á las sediciones y alborotos que á la sazón traian revuelta la ciudad y dividida en dos bandos.

En el año 1390, esto es, cuatro años antes de los acontecimientos que refiero, las dos casas más fuertes y poderosas de Murcia (por causas que no son de este lugar, y que tal vez mañana si el público me favorece, las presente á su recto juicio con mucha más extensión), promovieron entre sí tan grandes rivalidades, que no pudiendo contener el odio que se profesaban sus individuos, concluyeron por venir á las manos, y regar con su sangre las calles de la ciudad.

Estos dos bandos tenian á su frente poderosos jefes, que hacian cuanto les era posible por atraerse el favor del Concejo de la ciudad, que, no sin enojo, veia germinar aquellas sangrientas luchas, sin que su poder fuera bastante para contenerlas.

D. Juan Sanchez Manuel, caballero muy noble y muy poderoso, capitaneaba el bando de los Manueles, que era el más fuerte y el que siempre llevaba la mejor parte.

El otro bando, que era el más débil, tenia á su frente á D. Alonso Yañez Fajardo, adelantado del reino de Murcia, y á quien el Concejo amparaba en algun tanto.

Este era el bando de los Fajardos.

Sabedor el rey de estos desmanes, trató de poner paz entre ambos partidos: pero sus ministros, que solo le dejaban hacer lo que más convenia á sus miras ambiciosas, no le daban tiempo para que pudiese mirar por la dignidad del trono, y castigar con severa mano los desmanes y tropelias que cada dia se cometian en una de sus mejores ciudades.

Por fin, pasado algun tiempo, y cuando la sangre murciana hubo corrido con abundancia, pudo conseguir que ambos partidos depusieran su enojo, y acallaran sus odios y rivalidades.

La calma volvió á reinar en la ciudad, pero solo en la apariencia: porque era tanto lo que se odiaban los dos bandos, que no dejaban de venir á las manos cuantas veces les era posible, no obstante los edictos del rey.

Así pasaron cuatro años.

Reinaba á la sazón en Castilla el rey D. Enrique III, *El doliente*.

Aunque demasiado jóven todavía (pues solo contaba catorce años), movido de la mala fé de sus ministros, determinó de gobernar el reino por sí solo, y salir de la vergonzosa tutela en que le tenia el arzobispo de Toledo.

Dice Lozano en su *Historia de los reyes nuevos de Toledo*, que uno de los que más influyeron en el ánimo del rey para salir del poder de aquel prelado, fué su camarero mayor D. Ruy Lopez Dávalos, que ya por entonces gozaba de gran privanza.

Decidido, pues, á llevar á cabo su pensamiento, despues que se hubo coronado en el monasterio de las Huelgas de Búrgos, convocó Córtes en Madrid, figurando en ellas todas las ciudades de Castilla representadas por sus procuradores.

Los que de Murcia asistieron fueron D. Ramon de Rocafull, *noble vasallo del rey*, como le llama Cascales, y D. Juan Sanchez Manuel, uno de los nobles más poderosos de Castilla, y jefe, como ya sabemos, del bando de los Manueles.

Mientras su permanencia en la Córte, y en tanto que ayudaban al rey con sus consejos, el odio mal encubierto que se profesaban los dos partidos, acreció con más vigor que nunca estallando al fin, impetuosamente, impulsado por el nuevo jefe que se habia puesto al frente de los Manueles.

Erte nuevo campeon se llama D. Andrés García de Lasa.

Hombre, dice el erudito Cascales, *muy poderoso y emparentado con los Manueles, que principalmente fomentaba sus pesadumbres: tan acepto traia al pueblo, que lo traia y gobernaba todo á su gusto y voluntad*.

Ya le conocemos.

Era el esposo de Blanca.

Valido del poder que habia sabido adquirirse por medio de sus grandes liberalidades, y ayudado de su mucha audacia, consiguió, en fuerza de intrigas y dispendios, que le nombrasen procurador general del Concejo, cuyo cargo, en aquella época, era muy codiciado, por la mucha influencia y poderio que tenia sobre el pueblo.

Tan pronto como hubo tomado sobre sí aquel cargo, su ambicion no tuvo límites; se desbordó completamente: todo lo trastornó á su antojo y voluntad.

Los individuos que componian el Concejo, y que la mayor parte pertenecian á los Fajardos, fueron destituidos de por fuerza, poniendo en su lugar á sus más adictos ó allegados.

Por otra parte, sus inmensas rentas habian contribuido no poco al objeto de su ambicion, repartiendo pródigamente muchos miles de maravedís entre el pueblo, que le adoraba y acataba sus órdenes como si fuera su verdadero rey.

En una palabra: supo conducirse tan bien, que en pocos dias reunió en derredor suyo miles de partidarios, que no obedecian mas voz que la suya.

Era, digámoslo así, un rey sin corona.

Tal era el estado en que se encontraban los dos bandos al comenzar nuestra leyenda.

Ahora volvamos á nuestro interrumpido relato.

IV.

LA CARTA.

En el mismo sitio que hoy ocupa el Principal, se levantaba en aquella época un vasto y suntuoso edificio, morada á la sazón del adelantado del reino de Murcia.

A la misma hora próximamente en que hemos dado principio á nuestra narracion, en un vasto salon de este palacio y sentado tras una mesa, veíase un caballero de noble continente, que podria contar como medio siglo.

Su noble rostro, orlado de luengos cabellos grises, revelaban la nobleza de su alma, cuya nobleza, que le venia de abolengo, estaba caracterizada por una franqueza llevada hasta el extremo.

Este nuevo personaje se llamaba D. Alfonso Yañez Fajardo, y era adelantado del reino de Murcia.

En el momento en que le presento á mis lectores, se ocupaba en escribir; y si hemos de juzgar por el cuidado que observaba en su trabajo, y por lo fino del pergamino, no será difícil adivinar, que la persona á quien iba dirigida la carta, que tal parecia, debia ocupar un sitio muy elevado.

En efecto, aquella carta iba dirigida al mismo rey. El más profundo silencio reinaba en aquella estancia.

Por espacio de media hora solo se oyó el rasguear de la pluma sobre el pergamino.

Por fin, pasado este tiempo, dejó la pluma en el tintero, repasó lo que habia escrito, y por el placer que se pintó en su semblante, se comprendia que estaba satisfecho de su trabajo.

Apenas habia terminado, cuando se abrió la colgadura que cubria la puerta, y dió paso á un caballero de noble apostura, que venia armado cual si hubiera de combatir.

Por muy poco que fijemos la atencion en sus juveniles facciones, observaremos un parecido tal con las del adelantado, que no podremos menos de convenir que una misma sangre circulaba por sus venas.

En efecto: era el primogénito de la nobilísima casa de los Fajardos.

—¿Habeis concluido, padre mio? preguntó el jóven con acento respetuoso, adelantando hácia la mesa.

—Sí, Juan; ya está terminada. Toma: examínala, y vé si está de tu gusto.

Y dió la carta á su hijo.

Este se acercó á la mesa, tomó el pergamino, y leyó para sí.

—Perfectamente, padre mio: dijo despues que la hubo leído: nada hay en ella que desear. Y devolvió la carta á su padre.

El adelantado la tomó, hizo un signo de asentimiento, y la dejó sobre la mesa. Luego hizo atrás su sillón, se puso en pié, y fué á coger del brazo á su hijo.

—Y bien; ¿qué nuevas me traes, Juan? preguntó paseando ambos por el aposento.

—Nada más de lo que ya sabeis. El nuevo procurador, henchido de orgullo por el dominio que tiene sobre el Concejo, y por la influencia que ejerce sobre el pueblo, solo piensa en armarnos asechanzas. Ha puesto gente de su confianza en las puertas de la ciudad, y nadie entra ni sale por ellas que no sea reconocido.

G. HONORIO.

(Se continuará.)

Propietario y editor responsable, PEDRO AUGUSTO LAMARTINIÈRE

MADRID: 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.



El carruaje de la señora de...
...
 O. JAYNE

LOS ELEGANTES DEL TURF.